

( 226 )

al hijo de tantos reyes, que no conoce título mas glorioso que el ser el primogénito de vuestros hijos : *Da imperiam puero tuo* (ibid.)

Pero ¡ gran Dios ! que no sea la conservación de una corona terrestre el único beneficio que me concedais. Salvad al hijo de Adelaida , de las Blancas , de las Clotildes y de tantas princesas piadosas, que me presenten todavía á vos en su seno , y como el hijo de su amor y de sus mas caras esperanzas. *Et salvum fac filium ancillæ tuæ* (Ibid.) ; y ya que mirais siempre la inocencia del modo mas favorable, conservádmela, Dios mio por tanto tiempo como mi corona á fin de que despues de haber reinado por vos dichosamente en este mundo, pueda reinar eternamente con vos en el cielo Amen.

## SERMON

PARA EL

### VIERNES SANTO.

*Sobre los obstáculos que encuentra la verdad en el corazón de los grandes.*

Astiterunt reges terræ , et principes conveniunt in unum , adversus Dominum , et adversus Christum ejus.

*Los reyes de la tierra se han presentado y los príncipes se han reunido contra el Señor y contra su Cristo. (Ps. II, 2.)*

SEÑOR,

PARECE que se han reunido en este día todas las potestades de la tierra para condenar á muerte á Jesucristo , y la muerte del Señor es una terrible condenacion de las pasiones de los grandes y de los poderosos de la tierra.

Un pontífice eterno se ofrece por su

pueblo como única víctima capaz de expiar las iniquidades de este y de apaciguar la cólera de Dios; es un ministro y un enviado de su padre que testifica con sangre la verdad de su mision y de su ministerio; por fin es un rey que entra en posesion del imperio del universo, por su muerte, y reúne en su persona todos los títulos gloriosos con que se envanece el orgullo de los hombres.

Sin embargo, este pontífice es hoy entregado por la envidia de los grandes sacerdotes, este ministro y enviado del cielo opone inútilmente su inocencia á la ambicion y á la cobardía de un ministro del César; este rey á quien han sido dadas como herencia propia todas las naciones como el juguete de la indiferencia y de la vana curiosidad de un rey usurpador de la Judea. Preciso era que todo lo que se llama grande en el mundo, los pontífices con su envidia, Pilatos con su cobardía y Herodes con su indiferencia, al condenar á Jesucristo, hiciesen brillar la grandeza y el poder del Señor: *Astiterunt reges terræ. etc.*

De todas las instrucciones que nos da hoy el espectáculo de la Cruz, ninguno es mas oportuno que este; y pues no podemos exponer á vuestra piedad todas las circunstancias, contentémonos con manifestaros en él los obstáculos que la verdad halla en el corazón de los grandes del mundo, es decir, á Jesucristo condenado á muerte por las pasiones de los grandes, y estas reprobadas por la muerte del salvador del mundo.

#### PRIMERA PARTE.

Señor, la verdad odiosa siempre á los grandes tiene hoy en el mundo los mismos enemigos que la crucificaron en otro tiempo con Jesucristo; porque la envidia la persigue, un vil interés la sacrifica, y la indiferencia la desprecia haciéndola objeto de irrisión.

Pero de todas las pasiones por las que los hombres son enemigos de la verdad, la envidia es la mas peligrosa, porque es la mas incurable. Es un vicio que arrastra y nos conduce á todo; pues

el hombre se le disfraza á sí mismo, es el enemigo eterno del mérito y de la virtud, y todo cuanto los hombres admiran, la irrita y enardece; por eso solo perdona al vicio y á la oscuridad, y es necesario ser indigno de la atención pública para merecer la consideración del envidioso.

Si los milagros de Jesucristo hubieran brillado menos en la Judea, los príncipes de los sacerdotes menos deslumbrados de la gloria del Señor, no hubieran negado su inocencia; y el zelo envidioso que los animaba, no le habría hallado digno de muerte, si no hubiera merecido las alabanzas y aclamaciones públicas: *Quid facimus quia hic homo multa signa facit?* (Joan II. 47).

Tal es la impresión de aborrecimiento y de envidia que hizo la gran reputación de Jesucristo en el corazón de los pontífices y de los sacerdotes depositarios de la religión y de la ley. ¿Será posible que el santuario mismo ha de ser siempre el asilo de una pasión tan despreciable; que los dones espléndidos del espíritu de paz y de caridad sirvan para

introducir la amargura y la división entre sus ministros; que las mieses, tan abundantes, y tan faltas de obreros, excite sentimientos de envidia en tan corto número de trabajadores; que los ángeles destinados al ministerio no puedan desarraigar los escándalos del reino de Jesucristo, sin aumentar en él alguno nuevo; que desde el nacimiento del Evangelio esta triste cizaña se haya introducido entre los predicadores más santos, y que la Iglesia se vea frecuentemente tan afligida por el falso zelo que la defiende, como por el error mismo que la socava? Con tal que Jesucristo sea anunciado, no es la misma la gloria para cuantos le aman? No participamos de sus triunfos puesto que combatimos por él? y todas las ventajas que engrandecen su reino no son nuestras? Solo él es quien da todo el punto que conceptuamos que son alguna cosa.

Todas las inclinaciones más odiosas parece que se reúnen en un corazón dominado por la pasión injusta de la envidia; sin embargo este es el vicio,

y puede decirse, como el contagio universal de las cortes, y frecuentemente el origen de la decadencia de los imperios. No hay bajeza que esta pasion no ponga en práctica y no justifique; extingue los sentimientos mas nobles de la educacion y del nacimiento, y cuando este veneno se introduce en el corazon, se hallan almas de fango las que por naturaleza habian nacido y sido grandes en sus principios.

En nada se tiene la mala fe; y por eso los grandes sacerdotes son ellos mismos los que buscan testigos falsos contra Jesucristo; de manera que debiendo prescribir aquellos hombres infames que hacen un tráfico vergonzoso de la verdad y de la inocencia de los demas, se los asociaron, y protegieron el crimen que servia á su pasion.

Asi es como este vicio no se avergüenza de buscar unos apoyos tan indecentes y despreciables. Aquellos hombres degradados é envilecidos son protegidos desde el momento en que quieren servir de instrumento á nuestras pasiones, tomando interes en la amargura

secreta que nos devora y consume; y precisamente aquello que debiera presentarlos mas monstruosos á nuestra vista, es lo que hace olvidar sus maldades. Nunca faltan en el mundo hombres vendidos á la iniquidad, cuya única ocupacion es la de difamar delante de los grandes á los que tienen la desgracia de desagradarles, ó que agradan demasiado para poder gustarles; y semejantes hombres corrompidos que deberian ser desterrados de la sociedad, nunca dejan de hallar grandes que los escuchan y protegen. Se reputa mérito el zelo que ostentan por nuestros intereses, y se conceptua virtud un ministerio infame de que en secreto se avergüenza uno mismo. Saul quiere y hace estimacion de Doeg de Idameo luego que este se hace ministro de su odio y de su envidia contra David.

¿Pero de que no es capaz un corazon empeñado y poseido de la envidia? No aprueba y elogia la impostura, sino que ni teme hacer uso de ella él mismo. Aquellos pontífices testigos de los milagros y de la santidad de Jesucristo,

que no podian ignorar que era hijo de David y descendiente de los reyes de Judá, habiendo oido de su propia boca, que era preciso dar á Dios lo que era de Dios, y al César lo que era del César, y sin embargo le hacen pasar por un sedicioso y un enemigo de César á quien quiere usurpar el poder soberano; por un impio que quiere trastornar la ley y el templo de sus padres, y en fin, por un hombre de la nada, nacido en el fango y de la hez del pueblo.

Esta pasion amarga es como un frenesí que todo lo desfigura á la vista; de manera que nada vemos en su forma natural. Por mas que David consiga victorias sobre los Filisteos y asegure la corona á Saul, á los ojos de este no es mas que un ambicioso que quiere usurparle el trono. Jeremias justifica inútilmente la verdad de sus predicciones con los acontecimientos y con la santidad de su vida, pues los sacerdotes zelosos de su reputacion, publican que es un impostor y un traidor que anuncia las desgracias y la ruina total de Jerusalem, mas bien para desanimar á sus ciuda-

danos y favorecer al enemigo, que para impedir la destruccion entera de su patria.

Esta funesta pasion todo lo emponzoña, pues la piedad mas manifesta solo es, en la lengua del envidioso, una hipocresía diestra; el valor mas bizarro una pura ostentacion ó una fortuna que suple la falta de mérito; la reputacion mas acreditada un error público en que hay mas preocupacion que verdad; los talentos mas útiles al estado una ambicion desmedida que oculta un gran fondo de medianía y de insuficiencia, el zelo por la patria un arte de darse importancia y hacerse necesario; los acontecimientos, por gloriosos que sean, un conjunto de circunstancias dichas debido á la extravagancia de la casualidad, mas que á la sabiduría de las medidas el nacimiento mas ilustre, un gran nombre en que uno se ha injertado, sin tenerle de sus ascendientes.

Por último, la lengua del envidioso deshounra quanto es materia de sus palabras; y sin embargo este language tan vergonzoso es el comun de las cortes,

Él es el que en ellas forma las sociedades y el trato ; cada cual se oculta la llaga secreta de su corazon y se la comunica ; de modo que causa vergüenza el nombre del vicio , y se honran con él mismo. Finalmente se adorna aun con las apariencias del zelo y del amor de la patria y del bien público ; y asi parece que los intereses de la nacion y la conservacion del templo y de la ley , consagran la envidia de los pontífices contra Jesucristo.

El zelo del bien público sirve diariamente de condecoracion y de apología á semejante vicio. Se aparenta tener temor por la suerte del estado , y solo se envidia los empleos de los que gobiernan ; se censuran las elecciones del soberano , como hechas en súbditos incapaces ; pero no es el interés público el que nos estimula á ello , sino la envidia de que no hayan recaido en nosotros ; en nuestro dictámen , los empleos á que aspiramos , nunca se dan al mérito , pues el favor del soberano y el bien del estado nos parece que nunca caminan de acuerdo , y asi queremos pasar por

amantes de la patria , mientras que solo amamos los honores y las preeminencias. Aman tiene por peligrosas al imperio el poder y la religion de los Judíos ; pero no es su intencion salvar el estado , sino perder á Mardoqueo. Los cortesanos de Dario acusaron á Daniel como trasgresores de la ley de los Persas ; pero no por zelo de la magestad de la ley , sino por envidia de la gloria y del favor de que gozaba Daniel , por lo cual le odiaban.

En las cortes no se halla mas que aquel zelo que sirve á la envidia ; y asi la apariencia de buen ciudadano ostentando el título de tal , no es mas que una envidia oculta ; continuamente tienen los cortesanos el estado en la boca , y la envidia en el corazon ; aparentan tristeza cuando ocurren sucesos desgraciados , y no contribuyen por su parte á llenar las miras y medidas de los gobernantes ; y se congratulan de la censura que recae sobre estos , siéndoles indiferentes los males que pueden resultar á la patria.

Este es uno de los efectos mas tris-

tes de esta malhadada pasion. Aquellos pontífices piden que caiga sobre ellos y sus hijos la sangre del justo; y con tal que perezca el inocente, nada les importa la desolacion del templo y de la ciudad santa, que cesen los sacrificios y que se disperse el pueblo de Judá.

¿Y cuantas veces se ha visto á hombres públicos sacrificar el estado por contentar su pasion envidiosa; hacer que las empresas mas gloriosas se desgracien por temor que la gloria de sus rivales no resalte sobre la suya; proporcionar sucesos capaces de comprometer la suerte del estado, para sepultar en sus ruinas á sus concurrentes, y aun el arriesgar la pérdida de todo, para que pereciese un solo hombre? Las historias de las cortes y de los imperios estan llenas de estas acciones vergonzosas de que se han visto tristes ejemplos en casi todos los siglos. Pero el verdadero zelo del bien público solo trata de ser útil; y para el hombre virtuoso que verdaderamente se interesa por el bien del estado, los servicios que hace le sirven de recompensa.

Es pues la envidia de los pontífices la primera pasion que vende hoy á Jesucristo entregándole á sus enemigos; pero en segundo lugar es el vil interes de Pilatos quien le condena.

#### SEGUNDA PARTE.

Si, hemanos míos, la divinidad de los grandes es la pasion de hacer fortuna, y por eso, la única obligacion que los ocupa es de agradar á César, pero todo aquello que contribuye á su elevacion siempre está de acuerdo con su conciencia. La honradez y desinteres que podria perjudicar á su ambicion y fortuna, que les haria perder el favor de su soberano, la miran como virtud de los necios. Pero desde que se teme mas la desgracia del César que el remordimiento de la conciencia, si no se ha sacrificado el honor y la honradez, no es porque el corazon y la voluntad no se haya prestado á todo género de crímenes, sino porque ha faltado la ocasion.

Efectivamente, á primera vista pa-

rece haber quedado en el carácter de Pilatos algunos restos de rectitud y de honradez; su conciencia clama en favor del inocente, parece que quiere él mismo ser su defensor; no se atreve á darle libertad y sin embargo desea que se le conceda, y esta es la cobardía, primer grado de la ambicion. Es grata la obligacion y la equidad cuando es útil y glorioso decidirse por ella, cuando nos acarrea el beneplácito del público, y cuando nuestra firmeza nos ha de presentar al mundo y hemos de parecerle mayores por la defensa heroica de la virtud, que lo hubiéramos sido por el disimulo y la condescendencia. Buscamos la gloria y los aplausos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, y la verdad encuentra casi siempre sus defensores en los que le proporciona la vanidad.

Á la pusilanimidad sucede el temor; amenazan á Pilatos con la indignacion del César: *Si hunc dimitis, non est amicus Cæsaris* (Joan. XIX, 12), á cuya razon desaparecen todos los derechos mas sagrados, no teniéndose ya en

nada. Cuando se puede amar alguna cosa mas que la justicia y la verdad, no somos dignos de ser sus intérpretes; porque las acciones contrarias al honor y á la conciencia son mas temibles para una alma noble que la ira de César. Por otra parte, Señor, el no servir las pasiones del príncipe, es hacer un gran servicio á su gloria: nada es mas noble que el preferir incurrir en su indignacion, antes que faltar á la fidelidad que se le ha jurado; y si los príncipes como vos pueden contar con un amigo fiel, preciso es que lo busquen entre aquellos que los aman bastante para atreverse á desagradarlos alguna vez; pues cuanto mayor es el número de los que continuamente aplauden sus acciones, tanto mas respetable debe serles el hombre virtuoso que no contribuye á las adulaciones públicas. Pero es muy raro en las cortes este heroismo de fidelidad; y así, apenas se encuentra un Daniel entre todos los sátrapas, que no conocen otra ley que la voluntad del príncipe. Tal es la suerte de los soberanos, que el mismo poder y grandor que les rodea, mul-

tiplica los aduladores, y hace que los amigos sean mas raros.

El temor de incurrir en la desgracia de César condujo tambien á Pilatos al último grado de bajeza, y asi abandonó y entregó á Jesucristo. Solo con la sangre del justo podia calmarse la gritería de aquella chusma furiosa del populacho; el exponerse á su violencia seria encender el fuego de la sedición; mas vale pues que perezca el inocente que el que toda la nacion pudiese sublevarse contra César; es decir, que era preciso comprar el bien público con un crimen.

Este es el gran pretexto de que siempre se valen, para abusar de la autoridad, los encargados de ella, de manera que no hay injusticia que no justifiquen con el bien público; pues parece que la felicidad y la seguridad del estado no pueden subsistir sino con crímenes, que el orden y la tranquilidad de los imperios nunca se deben sino á la injusticia y á la iniquidad; y que es preciso renunciar á la virtud para sacrificarse por su patria.

No, Señor, lo hemos dicho en otra parte y nunca nos cansaremos de repetirlo: toda la fuerza y toda la seguridad de las leyes humanas consiste en la divina; quanto atrae la cólera del cielo sobre los pueblos, no puede hacerlos felices; el orden y la utilidad pública no pueden ser consecuencia del crimen; se sirve mal á la patria cuando se hace á costa de las reglas santas; porque es querer socavar los cimientos del edificio creyendo hermosearle y ensalzarle mas; debilitar sus apoyos mas firmes añadiendo algunos vanos adornos que aceleren su ruina. Los imperios no pueden conservarse sino por la equidad de las mismas leyes con que se fundaron; y quizá alguna vez ha podido la injusticia destronar los soberanos, pero nunca ha afianzado los tronos. Los ministros que han extendido demasiado la potestad de los reyes, la han debilitado siempre; porque nunca los elevan sino sobre la ruina de sus pueblos; y su zelo únicamente ha sido útil á los Césares, cuando ha respetado las leyes del imperio.

Es pues la envidia de los príncipes de